

# Trump contra la ciencia

**A**unque ha sido algo desplazada del ojo público debido la disputa contra Harvard y otras universidades, la controversia en torno a los recortes del presupuesto para ciencia e investigación se ha vuelto otra batalla en la embestida de la administración de Donald Trump contra algunas de las élites de Estados Unidos.

Los prospectos de presupuesto 2026 consideran una rebaja del 37% en el financiamiento de los Institutos Nacionales de Salud (NIH), y en más del 50% para la Fundación Nacional de Ciencias (NSF), los dos principales promotores de la investigación científica del país. Recortes igual de drásticos amenazan a la NASA y a los organismos a cargo de la investigación sobre cambio climático y ecología, como el Departamento de Energía, el Servicio Geológico y la Administración Nacional Oceánica y Atmosférica (NOAA).

La aprobación en la Cámara de Representantes del proyecto de presupuesto —que amplía exenciones impositivas, endurece políticas migratorias y debilita programas sociales—, el jueves recién pasado, sugiere que la administración también podría imponer su propuesta en el Senado.

Los recortes, como era de esperar, han

**“El desarrollo científico, especialmente en EE.UU., se ha traducido en bienestar para miles de millones de personas en todo el mundo”.**

sido rechazados ruidosamente por los organismos vinculados a la ciencia. Pero también algunos economistas han advertido que la estrategia podría lesionar, en el largo plazo, la capacidad de crecimiento de la economía, así como en la calidad de vida de sus ciudadanos.

“Las inversiones gubernamentales en I+D han impulsado de forma bastante consistente entre el 20% y el 25% del crecimiento total de la productividad del sector privado estadounidense”, advierte Andrew Fieldhouse, economista de la Universidad Texas A&M, citado por la NPR.

“A medida que Estados Unidos se repliega, cederá terreno a la autoritaria China como superpotencia científica, con todos los beneficios que ello conlleva. El ataque de MAGA a la ciencia no se limita a la DEI ni a las universidades. Es, ante todo, un acto de autodestrucción”, escribió The Economist en su artículo principal.

Por supuesto, dicha perspectiva no es unánime. Centros de estudio conservadores, como la Heritage Foundation o el Cato Institute, han puesto en duda la eficacia del gasto fiscal en ciencia e investigación, y argumentan que los avances tecnológicos en realidad han tenido su origen principalmente en el financiamiento privado.

El incremento del presupuesto estatal, añaden, no ha complementado sino que ha sustituido a este. Pero el propio director de estudios de la Heritage, Richard Stern, ha dicho que los recortes a la investigación científica no debieran ser prioridad en los ajustes de gasto fiscal.

Por supuesto, y no solo en EE.UU., a la hora de distribuir el presupuesto fiscal es necesario distinguir la línea siempre brumosa entre el financiamiento a la ciencia y el interés corporativo de científicos e investigadores. También estudiar de manera cuidadosa el impacto de corto y largo plazo de iniciativas que, inevitablemente, compiten con otras prioridades de gasto. Pero parece miope e irresponsable desconocer cómo el desarrollo científico, especialmente en Estados Unidos, se ha traducido en bienestar para miles de millones de personas en todo el mundo. Son dichos avances los que están hoy bajo amenaza.